

UNIDAD 4:

Los vientos.

El mal uso de mi libertad.

EL PECADO



En este paso es importante que los jóvenes reconozcan la trascendencia de la buena elección.

Se les acompañará para profundizar sobre la dificultad de elegir lo mejor para ellos y cómo el pecado hiere el corazón.

Aprenderán a reconocer esas heridas del amor y las herramientas para poder prevenirlas, que son la gracia y las virtudes.

La buena noticia es que las heridas no son irreversibles. Dios en su Hijo Jesucristo es el médico capaz de sanar las heridas con la mejor medicina del amor.

En esta unidad empezaremos por analizar qué nos ocurre cuando usamos mal nuestra libertad en el ámbito de la afectividad y de la sexualidad. ¿Qué ocurre cuando, en lo que se refiere a nuestra vida afectiva y a nuestra sexualidad, usamos la libertad para alcanzar objetivos que no merecen ser queridos?

Empezaremos por dar un paso atrás, o mejor, por coger un poco de perspectiva.

La perspectiva nos la va a dar el orden en la Creación. Dios ha creado las cosas con un orden. Eso significa que sirven para algo, que tienen finalidad. Si se desordenan, ya no sirven. Y si se usan para lo que no sirven, entonces se desordenan y estropean.

Eso mismo nos pasa a nosotros. No somos un caos. Tenemos un orden y también un objetivo, una finalidad. Y nuestra afectividad y nuestra sexualidad tienen un protagonismo en ese orden y en esa finalidad. Si las desordenamos y desenfocamos, entonces nos frustran, nos malogran. La frustración, el fracaso personal, es el resultado de nuestro pecado.



En este ámbito, como en tantos otros, necesitamos una luz que nos guíe, porque estamos hechos para amar, pero para amar bien.

Hoy la sociedad nos ofrece modelos de amar que, en vez de iluminarnos, nos ciegan. La sexualidad acaba aislándonos y la afectividad se termina crispando para hundirse, finalmente, en el cinismo.

Pero se trata no solo de ver lo que podemos llegar a hacer mal, sino lo que podemos hacer bien. Si Dios nos creó y redimió para amar, nos ha tenido que indicar los caminos para llegar a cumplir los anhelos que inscribió en nuestro corazón. Esos caminos son el pudor, la salvaguarda de la intimidad, y, sobre todo, las virtudes, especialmente la *virtud de la castidad*. En esta unidad, además de desenmascarar los caminos que pueden secar nuestra capacidad de amar, vamos a explorar los caminos por los que Dios quiere que andemos para llegar a amar de verdad, en plenitud.

1. El valor y el orden de las cosas

“La tierra estaba informe y vacía” (Gén 1,2).

- **Llamados al orden y al bien.** La Revelación nos muestra que la intención de Dios está dirigida radicalmente a nuestro bien real. Él tiene un plan para cada uno de nosotros, y quiere que respondamos libremente a su llamada. En este orden que Dios nos propone y en los bienes a los que hemos de tender, ningún mal moral tiene a Dios como su causa.
- **Las cosas tienen una finalidad y las personas estamos llamadas a un fin.** En nuestro proceso de maduración e integración hemos de ir descubriendo el sentido último de las cosas que nos rodean, de nuestro cuerpo, de nuestra propia vida, etc. En este sentido, también estamos llamados a vivir nuestra afectividad y sexualidad en orden a ese fin.
- **Vivir des-ordenadamente o des-integrados** en nuestras dimensiones personales termina por destrozarnos y nos hace daño. En esta situación, la libertad pierde la luz por la que se dirigía con seguridad al fin. Así, la presencia del fin deja de ser transparente y queda envuelta en la oscuridad del que no sabe reconocerla.
- **Vivir una libertad esclava.** Si elegimos la desobediencia y el mal estamos abusando o haciendo mal uso de la libertad y nos conduce a la “esclavitud del pecado” (cfr. CCE, 1733).
- Cuando la libertad se percibe y se define sólo a través de meros contenidos extrínsecos (por condicionantes externos a la persona como “el que alguien te impida algo”, “la libertad de otro”,...) y negativos, la persona llega a vivir entregada a las emociones, y acaba esclava de sus propias apetencias superficiales. Esta concepción y mal uso de la libertad produce un profundo conflicto entre las diversas dimensiones de la persona (FSV, 20).
- Contemplamos con frecuencia cómo los adolescentes quedan solos, sin dirección ni ayuda en las dimensiones principales de su existencia. A veces, entendiendo por libertad el mero cumplimiento de su espontaneidad quedan desconcertados por la variedad de llamadas y presiones que sufren y que no saben integrar. Se alejan entonces, casi sin saberlo, de lo que verdaderamente desean y los hace crecer como personas (cfr. FSV, 27).
- **¿Cómo volver a ordenar su vida y descubrir su sentido profundo?** Para ordenarlos primero hemos de entender a los adolescentes y entender el pecado desde el **plan de Dios**.

“Para intentar comprender lo que es el pecado, es preciso en primer lugar reconocer el vínculo profundo del hombre con Dios, pues fuera de esta relación, el mal del pecado no es desenmascarado en su verdadera identidad de rechazo y oposición a Dios” (CCE, 386). La relación con Dios que se rompe en el pecado no es una mera suposición, sino una realidad que se percibe desde la relación personal. Esa relación personal requiere estar “ante Dios” que le es esencial a toda persona.

- **No vale nuestra propia luz.** Por nosotros mismos no podemos reconocer el pecado así entendido, aunque sí tengamos conciencia del mal cuando lo realizamos. La mera autoconciencia de nuestras faltas y la culpa radical no es capaz de ver el origen último del pecado, en la medida en que el pecado está implicado en el mismo despertar de una conciencia que remite a nuestra condición de hijos de Dios, deudores de su Amor.

2. *¿Qué me impide integrar mi sexualidad?*

“Recaen en el mal y no me conocen”

(Jer 9,2)

- **En primer lugar, he de encontrar la luz verdadera que ilumine mi vida,** mi persona, mi cuerpo, mi sexualidad. Es la luz que da sentido a todo mi ser y que me guía hacia mi plenitud personal.
- **Por el contrario, la oscuridad no me permite integrar mi sexualidad** en todos los aspectos de mi vida, sino que me disocia, me rebaja a la condición de objeto, en vez de mantenerme como persona.
- **Esta oscuridad forma parte de mí,** y también del mundo, que no conoce o no quiere conocer la Luz, el pecado. Mi propia oscuridad, mi desorden, mi pecado impiden que mi cuerpo y su expresión sean un medio capaz de amar y de dar, que enriquece a toda mi persona. Mi cuerpo pasa a convertirse en un medio que expresa y vive el egoísmo, dejándome como una persona herida.
- **Esta oscuridad impide que veamos bien y de forma completa a la persona en su totalidad:** en esto consiste la concupiscencia. Nuestra mirada se transforma y se dirige de forma exclusiva a los valores sexuales de la persona, y esto tiene su origen en el pecado original.

- **Muchas veces, la misma sociedad oculta esta luz**, mostrándonos modos de vivir la sexualidad que no se corresponden con la verdad de la persona y con el fin al que está llamada. En muchas de estas propuestas, el valor de la sexualidad se desvirtúa y se reduce a una mera genitalidad. Así queda reducido mi valor como persona. Yo dejo de ser yo –persona-, para convertirme en un objeto. Paso de ser alguien a ser algo. Algo que se puede usar y tirar.
- Algunas de estas propuestas de palpable y presente actualidad son:
 - **Pansexualismo:** Reduce la sexualidad a la genitalidad y el sexo a un puro objeto de consumo. Esta propuesta entiende que la dimensión sexual del ser humano carece de una significación personal, por lo que nada le impide caer en la valoración superficial de las conductas a partir de la mera utilidad o la simple satisfacción (cfr. VAH, 57).
 - **Hedonismo.** Es la doctrina que proclama el placer como fin supremo de la vida. Sólo se busca acumular sensaciones placenteras. El límite de las aspiraciones se alarga indefinidamente, cada vez se necesita nuevas y mayores sensaciones.
 - **Intento de supresión del sentimiento de pudor** (entendido como sentimiento que mueve a ocultar la desnudez del cuerpo o lo relacionado con su sexualidad, los sentimientos, pensamientos o acciones que se consideran íntimos, o a evitar hablar de ellos así como el temor a perder su dignidad). Entre las consecuencias de esta supresión del pudor están algunos atentados contra la dignidad de la mujer, y en menor medida del hombre, como es convertir a la persona en un puro objeto de placer (“*usar a la persona*”).
- **Falta de luz que lleva a múltiples rupturas.** Al absolutizar una tolerancia sin límites y exacerbar una libertad de elección sin sentido –sin referencia a una verdad ni a un fin que la dirija-, se producen rupturas en la construcción de la persona cuyas consecuencias padecemos (cfr. FSV, 28):
 - **Ruptura entre amor y sexualidad.** La *sexualidad* pasa a ser un modo de experimentar la satisfacción de un deseo, y sus reglas serían las propias de un juego. El *amor* aparece entonces como algo ajeno que, en algunos casos, se puede unir a la sexualidad, pero que no la informa desde dentro –en el sentido filosófico de otorgar una forma sustancial a algo-. Sería necesario “*probarse sexualmente*” antes de saber si se puede amar de verdad a otra persona. En todo caso, no cabría un amor sin condiciones (FSV, 31).

- **Ruptura entre amor y procreación.** Se reduce la procreación a una mera reproducción biológica sin valor personal, una función natural separada del sentido personal de la sexualidad. La sexualidad se centra entonces en la unión físico-afectiva, sin más perspectiva de futuro. La misma procreación, separada del amor sexual que la sostiene, queda en manos de la propia elección. Desde tal sexualidad sin procreación se entiende muy bien una procreación sin sexualidad. Incluso el reclamarla como el derecho de una pareja a tener un hijo como sea, por el hecho de desearlo vivamente (cfr. FSV, 30). La procreación ya no se entiende como acto “procreador” en el que un cónyuge se dona al otro y ambos acogen el don del “único Creador” sino que ellos “pretenden” ser los que eligen, por un lado, el resultado de la unión sexual –tener o no tener al hijo- y, por otro, el modo de obtenerlo o producirlo.
- La procreación tiene una estructura, radicalmente distinta de la reproducción. La procreación hace posible que la eventual descendencia se dé, por principio, en igualdad de dignidad con los padres, es decir sin ser cosificada. El hijo no es un producto de la habilidad técnica, es un don del amor y, como tal ha de ser deseado, el deseo no se ha de convertir en una voluntad degradante del otro. Esto es de vital importancia para la configuración de una mentalidad hedonista. La “industria” de la producción de niños se basa en un postulado falso más o menos explícito: que los padres tienen derecho a los hijos. Pero los hijos son un don que se recibe, no un producto que se encarga.
- **Luz que nos guía a entregar un amor entero: la castidad.** A esta virtud le compete la ordenación e integración de los deseos, la pulsión sexual y los afectos para dirigirlos al bien de la persona amada. Es imprescindible para la adecuada respuesta de la persona a la vocación al amor. Proyecta la luz que, al mover la libertad a hacer de la existencia una donación de amor, indica también el camino que lleva a una plenitud de vida (VAH, 38). La castidad implica un aprendizaje del dominio de sí, que es una pedagogía de la libertad humana (SH, 18).

3. *¿Por qué el desamor me rompe?*

“Por la dureza de vuestro corazón”

(Mt 19,8)

- **Estoy hecho para amar.** Independientemente de lo que cada uno haga en su vida, todos tenemos una misma vocación: estamos llamados a amar y ser amados. Una vez que descubrimos que esta vocación es la luz que puede guiar nuestra vida, sólo nos queda la bella tarea de responder a esta llamada. No hay otros atajos para alcanzar la felicidad.

- **El amor des-colocado.** Cuando el amor no me abre a los demás, sino que me encierra en mí mismo, no puede haber una entrega de mi persona. Sólo viviré para mí. Mi vida girará en torno a esta idea. Sería la entrega negativa del amor, un amor desordenado a uno mismo.
- **Algunas manifestaciones de ese desorden en la vivencia de la sexualidad son:**
 - **El narcisismo,** como repliegue sobre uno mismo. Si se comprende la felicidad como un simple “sentirse bien” con uno mismo, se cae en el error de no medir el valor y sentido de la sexualidad según la complementariedad y el crecimiento personal en la construcción de una vida compartida. Es fácil ver cómo, de este modo, se pierde la riqueza presente en la diferencia sexual. Además, la fecundidad deja de ser significativa si el acento se pone exclusivamente en la necesidad de apagar a toda costa los “deseos” y “satisfacciones” que puedan experimentarse. Se deja de proyectar esa riqueza en otros objetivos espirituales o culturales que, naturalmente, también enriquecen y dan sentido a la persona (VAH, 37).
 - **El autoerotismo / la masturbación.** Suele acompañar al anterior. La finalización del impulso sexual no encauza a la persona a una salida de sí misma para dirigirse a otra, sino a simular la causa neurofisiológica que produce la descarga de tensión con una estimulación genital. Una acción así no puede hacer referencia a la realidad de una excelencia de plenitud: está vacía de realidad verdaderamente humana, de una reciprocidad en la que se pueda encontrar una verdadera compañía. Se trata de una acción que no ordena a la persona a una plenitud de vida, sino que la cierra en la soledad. Actuando así, se desvirtúa el sentido humano de la sexualidad, considerando el cuerpo como objeto de placer y no como sujeto de amor, que en su mismo dinamismo corporal está refiriendo a la búsqueda de una comunión.
- **¿Dónde pongo mi amor?** ¿Está en las cosas, en las personas, con qué intereses? La luz que debe guiar mi vida siempre pone el foco en las personas a las que puedo amar más y mejor, no en las cosas que se pueden comprar y vender. Tampoco es un foco que me alumbró a mí mismo de forma exclusiva y obsesiva. Es una luz que une, que busca la comunión de las personas, no que nos hace esclavos “atándonos” a las cosas.
- **¿Cuándo termino por romperme?** Cuando en mi mirada sobre el “otro” separo persona y sexualidad; cuando separo la sexualidad del amor; cuando trato a la persona como objeto y no como sujeto de relación. De este modo, mi persona se va fragmentado. En vez de ser un todo que va creciendo, me convierto en una multitud de partes fragmentadas en la que cada una va por su lado. Así no puedo vivir el amor. Poco a poco me va resultando más difícil poder amar, y termino haciendo mucho daño: a mí y a los demás. Me rompo y destruyo.

- **¿Cómo evitarlo?** Conviene estar atentos a las situaciones que llevan a este amor desordenado a uno mismo: la tristeza, el fracaso, la soledad, la dificultad de relacionarse con los demás y de afrontar los retos de la vida. El joven busca salir de ellas y encuentra un sucedáneo fácil y complaciente en una experiencia vacía en la que se enroca para evitar enfrentarse con la realidad. Acaba por no saber cómo salir de ella, por no encontrar los medios adecuados. Cuando se ha hecho hábito en la persona es preciso enseñar a luchar de forma muy indirecta:
 - Fomentando aquellas actividades en las que la persona pueda encontrar una satisfacción noble y humana, como las amistades sinceras que permiten salir de sí mismo y descubrir en ello el gozo de amar a los demás y serles útiles.
 - Ofreciendo elementos narrativos indirectos (determinadas lecturas, películas, obras de arte) que ayudan a recomponer la imagen simbólica de la sexualidad a través de la mediación de la afectividad.
- **Remedios para el desamor.** Son una respuesta al mal, una lucha por el bien a través de:
 - **La pureza.** Buscamos el fin verdadero de nuestra existencia, y en este camino encontramos la limpieza de corazón como DON. Si la **pureza** es la virtud que nos dispone a tratar “su cuerpo con santidad y respeto” (1 Tes 4,3-5), la **piEDAD**, que es don del Espíritu Santo, parece servir de modo particular a la pureza, sensibilizándonos sobre la dignidad que es propia del cuerpo en virtud del misterio de la creación y de la redención (CAH LVII, 2, 18-03-1981).
 - **El pudor y la intimidad.** El cuidado de la propia dignidad. Experimento pudor ante las fuerzas vitales que fraccionan mi subjetividad, la coaccionan, perdiendo el control de mis acciones y reacciones. El fenómeno del pudor tiende a proteger mi subjetividad, para que no llegue a perder el control de lo que en mí sucede. Así, el pudor me ayuda a comprender mi propia subjetividad, gracias al autoconocimiento de mí mismo y al autodomínio que de mí poseo.
- **La felicidad es la plenitud del amor en el alma.** Para ser feliz y gozar plenamente del amor en esta tierra -del amor humano y del Amor con mayúsculas- y para gozar plenamente del Amor de Dios en el Cielo hay que vivir con plenitud la virtud de la pureza de corazón.
 - **La caridad** es la primera virtud cristiana, no la castidad: amor a Dios y al prójimo. La puerta de las demás virtudes es la fe: sin ella no se puede amar a Dios. Sin embargo, la castidad es muy importante, porque se refiere a la sexualidad, que "conciERne particularmente a la afectividad, a la capacidad de amar" (CCE, 2332). La castidad se ordena al amor; y sin ella no se puede vivir la caridad. Es una exigencia de la ley moral natural.

- **Bienaventurados los puros de corazón** -dijo el Señor- **porque ellos verán a Dios.** La castidad es una exigencia de la dignidad del cuerpo humano, con el que debemos amar a Dios en esta tierra: "¿Acaso no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que habita en vosotros y habéis recibido de Dios? Y no os pertenecéis" (1 Cor 6,19).
- **Un buen médico y un buen maestro.** Ante la enfermedad de no haber amado o de no poder amar, tal vez por no haberse sentido amado, sólo nos quedan dos cosas: sanar mis heridas y el dolor del pecado por no haber amado, y aprender a amar. Por consiguiente, necesito un buen médico y un buen maestro.
 - Cuando el dolor que me genera mi pecado, o una historia de desamor vivida, me afecta, necesito ser curado y esa sanación no depende de mí. Necesito la ayuda de otro y poner todo lo que está en mi mano para colaborar. Necesito un médico que diagnostique perfectamente mis heridas de amor, que sepa curarlas con una suavidad incomparable y que me ponga un tratamiento personalizado y adecuado a cada herida del corazón. La buena noticia es que aquí todas las lesiones se curan. Solo tengo que hacer los “ejercicios de recuperación” que veo hacer a quien ama verdaderamente: a Cristo.
 - Jesucristo es también el buen maestro que nos puede mostrar el camino para aprender a amar, tan sólo tenemos que acercarnos a Él y seguirle. Él me ayudará a superar todos los obstáculos que me impiden amar, cambiará las prioridades en mi vida y la orientará para que alcance una vida en abundancia.

4. Para tensar bien los hilos: las virtudes

”Todo lo que es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta.”

(Flp 4,8)

- ¿Puede el hombre construir acciones excelentes capaces de expresar y realizar el ideal de plenitud?
- **1.** El hombre se encuentra por naturaleza capacitado para realizar acciones excelentes, pero no está preparado por naturaleza para ellas. Para pasar de “tener esa capacidad potencial de realizarlas” a “llevarlas a cabo” es necesario que la afectividad de la persona le mueva en ese sentido. Necesita haber sido afectado por una causa que le motive a ello. Previamente se requiere que tenga una disposición a dar ese paso, lo que no es posible sin estar en un proceso de construcción de su interioridad como sujeto moral.

- **2.** La unidad del sujeto es consecuencia de la integración de sus dimensiones y dinamismos personales en la intención de alcanzar la comunión ofrecida. Gracias a esta unidad podemos hablar de una “conducta” como tal, y no sólo de acciones aisladas.
- **¿Es posible volver a ordenar mi persona? ¿Cómo puedo prepararme para ello?** Claro que sí, para ello entramos en el fabuloso mundo de las virtudes. Las virtudes pueden definirse como estrategias del amor.
- **La diferencia entre valor y virtud.** Podemos decir que la verdad práctica, la verdad sobre el bien no solamente se ve, y se percibe (valor). También se realiza (virtud) y en la medida en que se realiza nos transforma y nos hace vivir con una mayor coherencia interna.
- Las virtudes son disposiciones firmes y estables a hacer el bien, perfecciones habituales de la persona que aspira a una plenitud de vida, a un modo excelente de vivir y de actuar. Con todas sus fuerzas sensibles y espirituales, la persona virtuosa tiende hacia el bien, lo busca y lo elige a través de acciones concretas (cfr. CCE, 1803).
- **Las virtudes son nuestras armas para no sucumbir** ante las dificultades que se presentan en la vida, tentaciones que nos desvían de una vida ordenada, actuando conforme al bien y a la verdad de lo que somos. Son hábitos operativos buenos que nos disponen a hacer el bien y nos capacitan para realizar acciones excelentes, para así alcanzar el propio fin. No sólo nos permiten realizar actos buenos, sino dar lo mejor de nosotros mismos. Con su adquisición buscamos el bien con todas las fuerzas sensibles y lo elegimos a través de acciones concretas.
- **Las virtudes son necesarias** porque tenemos que aprender a dirigir la vida que se nos ha dado. Puesto que la vida es algo recibido, nuestra tarea fundamental es aceptar el don entregado y moldearlo hasta la plenitud. Tenemos la necesidad de las virtudes porque continúan la vida que empieza la gracia de Dios en nosotros, porque nos moldean en la bondad, nos transforman según la belleza divina y nos acercan a la plenitud que estamos llamados a gozar.
- **Las virtudes son necesarias para tener una unidad en nuestra actuación**, que nos permita gobernar nuestra vida con acierto, creando acciones excelentes. De este modo, podemos crecer como personas, los principios operativos se re-articularán de modo que nos permitirán construir y actualizar una vida lograda en aquellas acciones que nos ponen en relación con las personas que amamos. En este contexto, a la virtud de la castidad le compete la integración de los dinamismos afectivos.

- **Las virtudes son luces que integran y ordenan los afectos.** La necesidad de las virtudes se justifica por nuestra capacidad de ser muchas cosas, aunque estemos llamados a ser solamente una. Según santo Tomás, esta consiste en ser amigos de Dios. Las virtudes confieren una dirección específica a la vida. Facilitan que pasemos de hacer el bien esporádicamente a hacerlo por determinación e incluso con naturalidad, porque nos hemos convertido a nosotros mismos en seres buenos.
- Sin embargo, por desgracia, también podemos vivir trágicamente. Tenemos la opción de malgastar nuestra vida y terminar de un modo lamentable. Sólo nos protege de las malas tendencias el cultivo de las buenas. De alguna forma, todos tenemos una inclinación al auto-sabotaje, pequeñas maneras de obrar en contra de la plenitud, modos sutiles de alimentar lo que nos acaba destruyendo. Solo el hábito permite que crezcamos en el bien.
- **Las virtudes requieren un camino de aprendizaje y entrenamiento.** Cada uno es responsable de buscarlas y ejercitarlas para hacerlas propias. La adquisición de las virtudes no nos convierte en unos repetidores mecánicos de determinadas actuaciones, sino en conocedores verdaderos de lo mejor en cada momento.
- Hemos de cultivar las habilidades morales que nos capaciten para crecer en el esplendor de nuestro amor. Esta transfiguración necesita práctica, compromiso y tiempo, puesto que su fundamento está en entender que la plenitud humana requiere llegar a ser mucho más de lo que ya se es.
- Nosotros somos los que forjamos nuestra vida. Tenemos la capacidad de crecer en bondad, pero no la seguridad de que eso va a ser así. Tenemos la capacidad de llegar a ser algo hermoso, noble y bueno, pero es necesario dedicar nuestras mejores energías para conseguirlo.
- **Las virtudes nos cambian de un modo especial,** de acuerdo con la perfección de la vida en Dios. Nos convierten en lo que estamos llamados a ser, esto es, en ser amigos de Dios. Así, son el puente que une lo que somos ahora y lo que estamos llamados a ser. Si en el centro de las actividades de nuestra vida está el buscar la amistad con Dios, entonces precisamente esta amistad se constituye en lo que estamos llamados a ser. Las virtudes nos transforman hacia Dios de la forma más íntima y profunda.
- Las virtudes las clasifica el Catecismo de la Iglesia Católica en humanas o morales y sobrenaturales o teologales.

- **Las virtudes humanas** (CCE, 1804-1811) son actitudes firmes, disposiciones estables, perfecciones habituales del entendimiento y de la voluntad que regulan nuestros actos, ordenan nuestras pasiones y guían nuestra conducta según la razón y la fe. Proporcionan facilidad, dominio y gozo para llevar una vida moralmente buena. El hombre virtuoso es el que practica libremente el bien. Las virtudes morales se adquieren mediante las fuerzas humanas. Son los frutos y los gérmenes de los actos moralmente buenos. Disponen todas las potencias del ser humano para armonizarse con el amor divino (CCE, 1804).
- **Las virtudes cardinales son las morales**, denominadas “cardinales” porque desempeñan un papel fundamental y todas las demás virtudes humanas se agrupan en torno a ellas. Nos perfeccionan en nuestras tendencias y nos permiten reaccionar y querer bien. Por esto afectan al modo como reaccionamos ante los bienes, tendemos hacia ellos y los queremos. Nos abren a la vía de la excelencia, porque introducen un orden intencional en nuestros afectos, fijado por la inteligencia en razón de los bienes inmanentes de las prácticas. Lo importante no es su actuación aislada, sino la unión de las diversas facultades que cada virtud perfecciona en orden a un fin común:
 - **Prudencia**, es la virtud que dispone la razón práctica a discernir en toda circunstancia nuestro verdadero bien y a elegir los medios rectos para realizarlo. Nos ayuda a saber lo que hay que hacer. Utiliza el ingenio para servir al amor. No se confunde ni con la timidez o el temor, ni con la doblez o la disimulación. Conduce las otras virtudes indicándoles regla y medida. Es la prudencia quien guía directamente el juicio de conciencia. El hombre prudente decide y ordena su conducta según este juicio. Gracias a esta virtud aplicamos sin error los principios morales a los casos particulares y superamos las dudas sobre el bien que debemos hacer y el mal que debemos evitar.
 - **Justicia**, es la virtud moral que consiste en la constante y firme voluntad de dar a Dios y al prójimo lo que le es debido. Por ella se realiza lo que hay que hacer de la manera adecuada. La justicia para con Dios es llamada “la virtud de la religión”. Para con los hombres, la justicia dispone a respetar los derechos de cada uno y a establecer en las relaciones humanas la armonía que promueve la equidad respecto a las personas y al bien común.
 - **Templanza**, modera la atracción de los placeres y procura el equilibrio en el uso de los bienes creados. Asegura el dominio de la voluntad sobre los instintos y mantiene los deseos en los límites de la honestidad. La persona moderada orienta hacia el bien sus apetitos sensibles, guarda una sana discreción y no se deja arrastrar “secundando las pasiones de tu corazón” (Eclo 5,2; 37,27-31). Esta virtud templea las emociones, aumentándolas o disminuyéndolas. No silencia emociones, sino que las ¹² canaliza al servicio de la virtud, busca el equilibrio emocional de nuestra actuación

- **Fortaleza**, es la virtud moral que asegura en las dificultades la firmeza y la constancia en la búsqueda del bien. Reafirma la resolución de resistir a las tentaciones y de superar los obstáculos en la vida moral. La virtud de la fortaleza hace capaz de vencer el temor, incluso a la muerte, y de hacer frente a las pruebas y a las persecuciones.

Capacita para ir hasta la renuncia y el sacrificio de la propia vida por defender una causa justa; por ella se persevera en los momentos de dificultad en la búsqueda de lo que amamos y no queremos perder.

- **Las virtudes teologales** (CCE, 1812-1844) se refieren directamente a Dios, de quien proceden. En ellas se arraigan las virtudes humanas. Son la garantía de la presencia y la acción del Espíritu Santo en las facultades del ser humano. Tres son las virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad (cfr. 1 Cor 13,13):

- **FE.** La fe es la virtud teologal por la que creemos en Dios y creemos todo lo que Él nos ha revelado y que la Santa Iglesia nos propone como objeto de fe.

Por la fe “el hombre se entrega entera y libremente a Dios” (DV, 5). Por eso el creyente se esfuerza por conocer y hacer la voluntad de Dios. “El justo por la fe vivirá” (Rom 1,17). La fe viva “actúa por el amor” (Gál 5,6).

El don de la fe permanece en el que no ha pecado contra ella. Pero, “la fe sin obras está muerta” (Sant 2,26): privada de la esperanza y de la caridad, la fe no une plenamente el fiel a Cristo ni hace de él un miembro vivo de su Cuerpo.

El discípulo de Cristo no debe sólo guardar la fe y vivir de ella sino también profesarla, testimoniarla con firmeza y difundirla: “Todos [...] vivan preparados para confesar a Cristo ante los hombres y a seguirle por el camino de la cruz en medio de las persecuciones que nunca faltan a la Iglesia” (LG, 42; cfr. DH, 14). El servicio y el testimonio de la fe son requeridos para la salvación: “A quien se declare por mí ante los hombres, yo también me declararé por él ante mi Padre que está en los cielos. Y si uno me niega ante los hombres, yo también lo negaré ante mi Padre que está en los cielos” (Mt 10, 32-33).

- **ESPERANZA.** Es la virtud teologal por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo. Por la esperanza deseamos y esperamos de Dios con una firme confianza la vida eterna y las gracias para merecerla.

La virtud de la esperanza corresponde al anhelo de felicidad puesto por Dios en el corazón de todo hombre; asume las esperanzas que inspiran las actividades de los hombres; las purifica para ordenarlas al Reino de los cielos; protege del desaliento; sostiene en todo desfallecimiento; dilata el corazón en la espera de la bienaventuranza eterna. El impulso de la esperanza preserva del egoísmo y conduce a la dicha de la caridad.

La esperanza cristiana recoge y perfecciona la esperanza del pueblo elegido que tiene su origen y su modelo en la esperanza de Abraham en las promesas de Dios; esperanza colmada en Isaac y purificada por la prueba del sacrificio (cfr. Gén 17,4-8; 22,1-18).

▪ **CARIDAD/AMOR:** es la virtud teologal por la cual amamos a Dios sobre todas las cosas por Él mismo y a nuestro prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios. Es el “vínculo de la unidad perfecta” (Col 3,14) y la forma de todas las virtudes; las articula y las ordena entre sí; es fuente y término de la práctica cristiana. Asegura y purifica nuestra facultad humana de amar. La eleva a la perfección sobrenatural del amor divino.

Si no tengo amor —dice san Pablo— “no sería nada”. Y todo lo que es privilegio, servicio, virtud misma... si no tengo amor, “de nada me serviría” (1 Cor 13, 1.3). La caridad es superior a todas las virtudes. Es la primera de las virtudes teologales: “En una palabra, quedan estas tres: la fe, la esperanza y el amor. La más grande es el amor” (1 Cor 13,13).

La práctica de la vida moral animada por la caridad da al cristiano la libertad espiritual de los hijos de Dios. Este no se halla ante Dios como un esclavo, en el temor servil, ni como el mercenario en busca de un jornal, sino como un hijo que responde al amor del que “nos amó primero” (1 Jn 4,19).

○ **Las virtudes son el modo de recibir un DON.** La razón por la que las virtudes alcanzan su perfección no es por el propio esfuerzo, sino gracias a la recepción de un don.

○ **El rechazo del don. ¿Cómo entender el pecado?** Los pecados son actitudes o acciones concretas que me alejan de las personas a las que amo, de Dios y de mí mismo. En último término, el pecado rompe o, al menos, daña mi relación personal con Dios. “El pecado es una ofensa a Dios” (CCE, 1850). No es que le ‘dañemos’. Si el pecado es una ofensa a Dios es porque es un rechazo del “don de sí” divino. La ofensa consiste en no responder a este don.

- Rechazando el proyecto de amor de Dios, nos engañamos a nosotros mismos y nos hacemos esclavos del pecado. (cfr. CCE, 1739).
 - Santo Tomás nos lo explica de un modo sencillo: “el pecado no es otra cosa que un acto humano malo”.
- **¿Qué consecuencias tiene el pecado?** Además de poder tener consecuencias negativas para otros, me hunden a mí en una existencia mediocre, llenando mi vida a la larga de una profunda tristeza y falta de sentido.
- Produce dos daños que son inseparables: afecta a mi relación con Dios y me daña a mí mismo. No existe un alejamiento de Dios que no me dañe en lo más íntimo.
- **Libertad y pecado.** Nuestra libertad es frágil, pues es capaz de fallar. Es una libertad finita que no tiene su propio fundamento y está dirigida a un fin por encima de su naturaleza. Aquí interviene nuestra vulnerabilidad afectiva, por la cual el mal puede entrar en mi intimidad. Sin embargo, esta débil libertad humana se encuentra abrazada, sostenida y guiada por el don divino de la caridad.
- Afirma san Anselmo: “la potestad de pecar ni es la libertad ni es parte de la libertad, aunque sea un signo de la libertad”.
- **¿Qué efectos tiene el pecado en mi libertad?**
 - **Pérdida del control:** el efecto fundamental es la pérdida de la capacidad de dirigir toda mi vida hacia el fin último: es aquí donde la Escritura relaciona el pecado con la esclavitud. A la libertad le falta el anhelo de un destino y se concentra en la eficacia, atrapada en lo inmediato; pero movida aún por el deseo de un fin más allá de su capacidad, el peligro de la desesperación le atenaza.
 - **Concupiscencia.** La persona, herida íntimamente en su capacidad de querer, ya sea por la falta de un orden en el origen, como por la debilidad en su dominio, puede vivir el impulso de la acción a modo de resistencia al recto orden hacia el bien. Es un deseo desordenado que me puede dominar.
 - **La falta de esperanza.** Al alejarme de Dios se produce una parálisis de la acción, una falta de motivación en lo que respecta al fin último y a Dios. Esto me debilita en lo más íntimo de mi obrar y me sume en una tristeza profunda que “lleva a la muerte” (2 Cor 7,10) porque puede ser la causa de una radical desesperación.